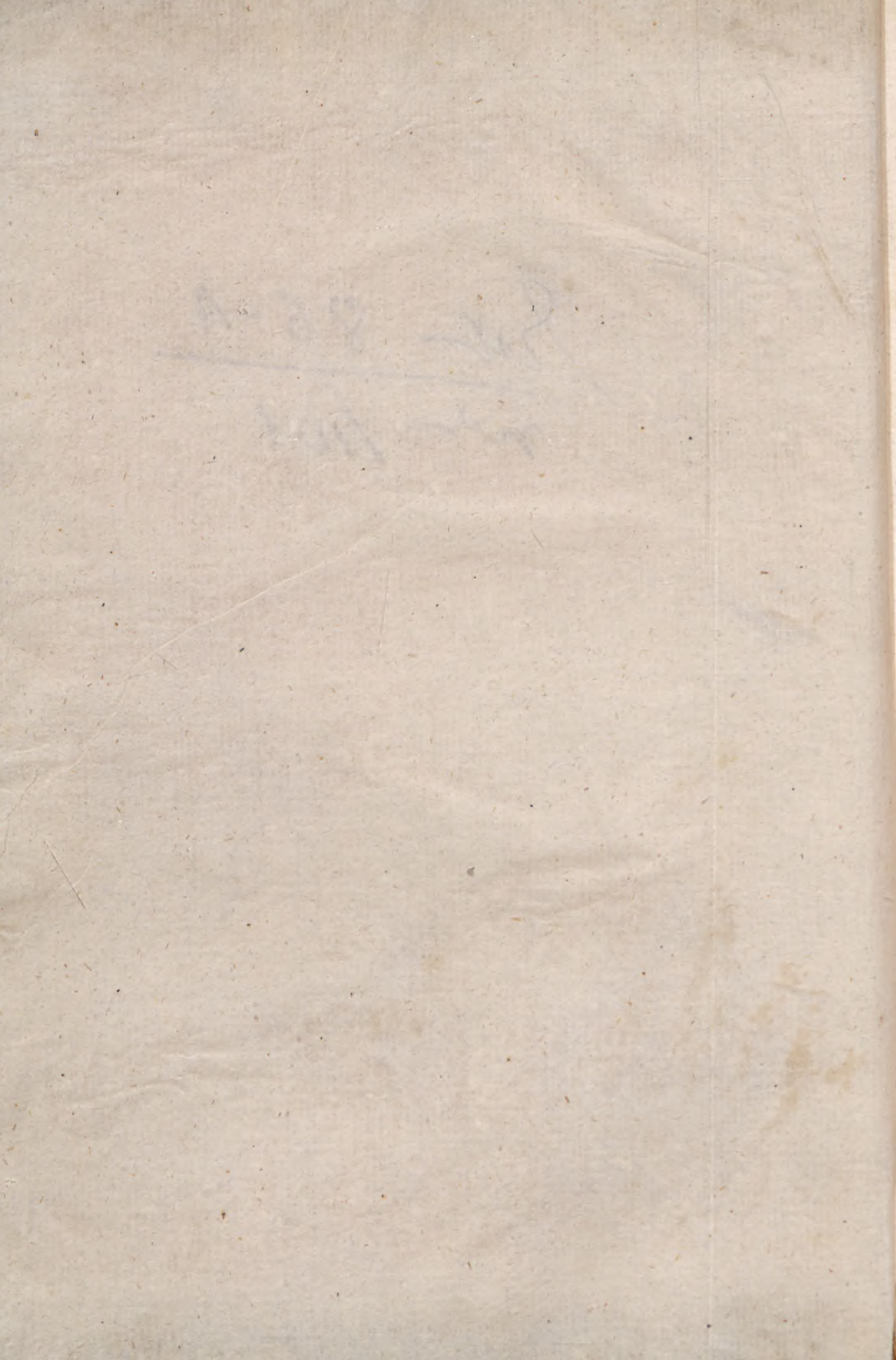




AMINTA.

AMINTA

FABULA PASTORIL

DE TORQUATO TASO

TRADUCIDA

POR

DON JUAN

DE

JÁUREGUI.



MADRID:

EDICION ESTEREOTÍPICA

1804.

Á LA

REYNA

N. S.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

PERSONAS.

AMOR en hábito pastoril.

AMINTA.

TIRSI.

SÁTIRO.

ERGASTO.

ELPINO.

SILVIA.

DAFNE.

NERINA.

CORO DE PASTORES.

AMINTA.

PRÓLOGO.

AMOR.

¿Quien creyera, que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un dios? no un dios agora
Selvage, ó de la plebe de los dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto, y en aquestos paños
No reconocerá tan fácilmente
Mi madre Vénus al Amor su hijo:
Esme forzoso andar huyendo de ella,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mesmo: y de ambicion movida,
Qual liviana muger, me insiste y lleva
Á las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros mios,
Mis menores hermanos, da licencia.

Que puedan alojarse entre las selvas,
Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso,
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo;
Que á mí fué concedido, y no á mi madre
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto disfrazándome, y huyendo,
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos que al fin siendo de madre,
Tienen fuerza, me escondo entre las selvas,
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
Á quien me manifieste, un dulce abrazo,
Ó algun premio mayor: qual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores,
Á quien me encubre de ella: esto á lo ménos
De cierto sé, que los halagos mios
Á las doncellas les serán mas gratos,
Si yo que soy Amor, de amor entiendo.
Así me busca de ordinario en vano,
Que nadie quiere revelarme, y callan.
Pues por estar aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dexé las alas, el aljava y arco:
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta que parece simple vara,

Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles:
Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,
Y do quiera que pica, amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida
No ménos incurable, al duro pecho
De la mas cruda ninfa, que en los campos
Siguió jamás el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia,
Que este es el nombre de la ninfa fiera,
Como una que yo hice, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Quando los dos de un modo pequeñuelos,
Él por el campo á caza la seguia.
Y porque el golpe en ella mas encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro yelo, que apretado
Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo.
Pues para executar cómodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entretenerme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su esquadra.

En este puesto, en este haré mi golpe,
Que no le pueden ver mortales ojos:
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse,
Que aquí presente mi deidad asiste.
Ella en sí misma, y no en ministros suyos:
Inspiraré sentido noble y puro
Á los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en qualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto; en los pastores
No ménos que en los héroes poderosos:
Y la desigualdad de los sugetos
Como me place igualo: esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio,
Que suelo hacer las rústicas zampoñas
Á la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre, que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce, acaso
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DAFNE. SILVIA.

¿Querrás, Silvia, en efeto
Sin los placeres de la hermosa Vénus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿Ni oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos
Con apacible fuego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

SILVIA.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento:
Yo desta vida gusto, y mi deleyte
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la mas brava:
Y miéntras no faltaren
Al bosque fieras, y al aljava flechas,
Á mí no temo que placeres falten.

DAFNE.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,

Es por no haber probado otra ninguna:
Así la gente, que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,
Tuvo por dulce y buen mantenimiento
Agua y bellotas: ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,
Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura si una vez gustases
Qualquier mínima parte del contento,
Que goza un corazon amante amado,
Dixeras suspirando arrepentida:
Todo el tiempo se pierde,
Que en amar no se gasta.
¡Ó mis pasados años!
Quantas prolixas noches,
Quantos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos:
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

SILVIA.

Quando yo arrepentida suspirando
Esas palabras diga,
Que tú finges y adornas á tu gusto,
Hácia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre: amará el oso
El mar profundo, y el delfin los alpes.

DAFNE.

Conozco ya la juventud esquiva:
Así qual eres tú, tambien yo he sido,
Así tambien gocé de gentileza,
De rostro hermoso, y de cabello rubio:
Así tuve qual tú los labios roxos,
Y en mis llenas mexillas delicadas
Mezclada así con el jazmin la rosa:
Acuérdome, que solo era mi gusto
¡Que simple gusto! componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas: y si vez alguna
Era mirada de lacivo amante,
Volvia la vista rústica y salvage
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entónces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba;
Qual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
¿Mas que no puede el tiempo, y que no puede
Sirviendo, mereciendo y suplicando,
Hacer un importuno y fiel amante?
Vencida fuí, yo lo confieso, y fuéron
Del vencedor las armas,
Humildad, y continuo sufrimiento,
Llanto, suspiros, y piadosos ruegos
Mostróme en fin entónces

La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendíme entónces de mi engaño
Y simple ceguedad, y suspirando,
Con voz alegre dixe:
Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,
Que desde aquí renuncio
Tu aljava, flechas, exercicio y vida.
Así tambien espero, que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿No es un gentil mancebo? no te quiere?
Acaso no es querido de otras ninfas?
Te dexa á tí por el amor de alguna,
Ó por el odio tuyo?
Pues en nobleza acaso le aventajas?
Si tú eres hija de Cidipe, y esta
Nació del dios de nuestro noble rio;
Él de Silvano es hijo, cuyo padre
Fué Pan, aquel gran dios de los pastores.
No es ménos que tú bella (si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarílis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)

Que él, de ti desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella que lo adora:
¿Que sentirás me dí? ¿con quales ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre estar de ti burlando?

SILVIA.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;
Y como no sea mio,
De quien quisiere sea.
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no sería suya.

DAFNE.

¿De donde nace tu aborrecimiento?

SILVIA.

De su amor solamente.

DAFNE.

¡Padre apacible de hijo riguroso!
¿Quando se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
Ó á mí, Silvia, me engañas, ó á ti mesma.

SILVIA.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
Que de mí quiso lo que yo queria.

DAFNE.

Tú quieres lo peor; y él te desea
Lo que á si mismo.

SILVIA.

Tú, mi Dafne, calla,
Ó habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

DAFNE.

¡Que desapacible,
Que sobervia rapaza! Díme al ménos;
¿Si otro alguno te amara,
Admitieras su amor desa manera?

SILVIA.

De aquesta misma admitiré á qualquiera
Insidiador de mi virgineo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

DAFNE.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja,
El toro de la vaca?
¿Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla?
¿Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo, y animales,
Los hombres y mugeres? ¿y no adviertes
Como todas las cosas
En este tiempo están enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo

Con que dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera.
Oye aquel ruiseñor de ramo en ramo
Como salta cantando, yo amo, yo amo.
Pues la culebra (si es que no lo sabes)
Dexa el veneno, y corre
Fervorosa al amante:
Siente de amor el tigre,
Ama el bravo leon: tú sola fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
¿Mas que digo leon, serpiente y tigre,
Que tienen sentimientos?
Tambien aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con quanto afecto,
Y con quantos abrazos repetidos
Á su marido enlaza.
Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno: el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira:
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¿Que has de ser en efeto para ménos
Que las plantas, huyendo ser amante?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de ti, que no te entiendes.

SILVIA.

Pues bien, quando á las plantas
Oyere los suspiros,

Digo que entónces quiero ser amante.

DAFNE.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y así con mis palabras juegas.
¡Ó en amor sorda, quanto boba y necia!
Mas anda: vendrá tiempo en que de veras
De no haberlas seguido te arrepientas.
Y no te digo quando irás huyendo
Las fuentes, donde ahora te deleytas,
Quando huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea;
Bien que esto te avendrá, mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino contaba el otro dia,
El sabio Elpino, á su Licori hermosa?
¿La que en Elpino puede con los ojos
Lo que él debiera en ella con el canto,
Quando el deber en el amor se hallara?
Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está: léjos de aquí profanos.
Él dixo (y dixo, que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande,
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampoña le dexó, muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno,
Allá donde los hornos de Aqueronte

Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de tinieblas espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda pues, que allí se te apareje
Albergue á tu fiereza, y será justo,
Que saque el humo llanto de unos ojos,
Do la piedad jamas pudo sacarlo:
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida ninfa y obstinada.

SILVIA

¿Y que le respondió Licori entónces
Á tales cosas?

DAFNE.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, é inquieres los agenos.
Con los ojos le dió respuesta.

SILVIA.

¿Como
Responder pudo con los ojos solos?

DAFNE.

Ellos á Elpino vueltos respondiéron
Con una dulce risa: tuyos somos,
Y el mismo corazon de la que miras:
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar: y esto bastara
Por muy cumplido premio al casto amante,
Quando él aquellos ojos

Juzgara verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

SILVIA.

¿Y por que no los cree?

DAFNE

¿Luego no sabes
Lo que Tirsi escribió, quando perdido
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en ninfas y pastores?
No fué lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fuéron:
Él escribió mil troncos, y con ellos
Creció la letra juntamente y versos,
Donde me acuerdo haber así leido:
Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; ¿mas que importa,
Si Amor impide, que de vos me aparte?

SILVIA.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme que es el dia prescrito,
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,
Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo, de que estoy toda cubierta
Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin pude matar.

DAFNE.

Esperaréte,
Y aun yo quizá me bañaré contigo:
Mas quiero ir ántes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde:
Espérame en la tuya, iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

ESCENA II.

AMINTA. TIRSI.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio:
Mas no he visto jamas, ni ver espero
Compadecerse mi enemiga bella,
Que no sé si muger la nombre, ó fiera;
Pero ya niega ser muger humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

TIRSI.

Pace el cordero la menuda yerva,
Y el lobo se alimenta del cordero;
Mas el amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamas mostrarse satisfecho.

AMINTA.

Ay triste, que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto: solo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
Él y mi ingrata con los ojos beban.

TIRSI.

Ay Aminta infeliz, ¿que devaneas,
Que estas diciendo? esfuérzate y conforta,
Que otra ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruel.

AMINTA.

¿Como podré hallar otra,
Si hallarme á mí no puedo? y si yo mismo
Me perdí, ¿que ganancia
Adquiriré jamas, que me contente?

TIRSI.

O mísero zagal, no desesperes,
Que adquirirás la misma que deseas.
Sabe, que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al leon y tigre hircana.

AMINTA.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

TIRSI.

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mugeres, y se aplacan,
Á quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento, y que la punta

De blanda espiga. Pero yo te ruego,
Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia, que si bien me has dicho
Diversas veces, que de veras amas,
La causa de tu amor siempre callaste:
Y mi fiel amistad pienso merece,
Con el comun estudio de las musas,
Que me descubras lo que á todos celas.

AMINTA.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben;
Porqne ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dexar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo:
Donde tal vez pasando aquella ingrata,
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie, y entre sí diga:
Este es mi triunfo: y de mirar se alegre,
Que ya es patente su vitoria á todos
Los pastores vecinos y extrangeros,
Que allí traiga la suerte: y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia,
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida.
Mas oye agora.

TIRSI.

Di, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin, que tú no piensas.

AMINTA.

Siendo yo zagalejo,
Tanto que apénas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una ninfa
La mas amable y bella,
Que al viento dió jamas sus hebras de oro:
Bien conoces la hija de Cidipe,
Y del rico Montano, Silvia cara,
Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas, desta digo:
Viví con esta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá, ni ha visto:
Eran nuestros albergues
Bien juntos, pero mas los corazones:
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes:
Con ella muchas veces
Tendí la red á páxaros y á peces,
Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,
Y era comun la caza y el contento.
Mas miéntras de animales hacia presa,
Sin saber como, fuí yo mismo preso:
Poco á poco nació en el pecho mio

No sé de que raiz (como la yerba,
Que suele de sí misma ella nacerse)
Un incógnito afecto,
Que mi deseo movia
Á ver siempre delante
Mi compañera Silvia,
Y de sus bellos ojos
Solia gustar una dulzura extraña,
Que al fin dexaba un no sé que de amargo:
Mil veces suspiraba, y no sabia
Qual fuese la ocasion de mis suspiros.
De manera, que fuí primero amante,
Que al amor conociese: vine al cabo
Bien á entenderlo, mas el modo escucha,
Y nota como fué.

TIRSI.

Debe notarse.

AMINTA.

De un álamo á la sombra Silvia y Fílis,
Y yo junto con ellas,
Huyendo el sol estábames un dia,
Quando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados.
Á Fílis fué volando,
Y en la mexilla hermosa,
Mas fresca y mas rosada que la rosa,
Á nuestros ojos le picó atrevida:
Quizá engañada con la semejanza
Creyó que fuese flor: entónces Fílis

Como impaciente comenzó á quejarse
De la aguda picada:
Pero mi bella Silvia dixo: calla,
Calla, no te lamentes, Fílis mia,
Que con palabras que yo sé de encanto.
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro.
Esto diciendo, avecinó los labios
De aquella dulce boca, á la mexilla
Herida, y blandamente murmurando,
Dixo no sé que versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Fílis
Quitársele el dolor: ó fué la fuerza
Y virtud de las mágicas palabras,
Ó como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca:
Pues yo que hasta entónces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de céfiro en las hojas;
Entónces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios:
Y con mayor astucia, y mas aviso,
Que nunca habia tenido (mira quanto

El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño, con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento.
Y fué desta manera, que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio baxo, comencé á quejarme,
De suerte, que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia
Piadosa de mi mal, se ofreció luego,
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo ¡ay triste! mucho mas crecida,
Y mas mortal mi herida verdadera,
Quando llegó sus labios á los mios.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entónces de sus frescas rosas;
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento y ménos atrevido.
Mas miéntras decendia
Al corazon la gran dulzura, mixta
De un secreto veneno;
Tanto regalo deste bien sentia,
Que fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte,
Que ella mas veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo

Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubiéron de salir, y un dia,
Que en cerco se sentaban muchas ninfas,
Y pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por órden le decia
En la oreja un secreto al mas vecino,
Le dixe á Silvia: yo por ti me abraso,
Y moriré, si tú no me remedias.
Á estas palabras inclinó su rostro,
Y de improviso le tiñó de roxo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tùve otra respuesta, que un silencio
Mudo, turbado, y lleno de amenazas:
Quitóse de allí luego, y nunca quiso
Mas hablarme ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el hibierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas;
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte.
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda,
Que he de causarle sentimiento ó gozo:
Ni sé qual quiera mas de estas dos cosas,
Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas no debo querer cosa que turbe

La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

TIRSI.

¿Es posible que Silvia, si te oyese,
Palabras semejantes, no te amase?

AMINTA.

No lo sé, ni lo creo;
Mas huye mis palabras,
Qual áspid el encanto.

TIRSI.

Pues confia,
Que el corazon me dice,
Que he de ser poderoso á que te escuche.

AMINTA.

Ó nada alcanzarás, ó quando alcances
Al fin que yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

TIRSI.

¿Por que así desesperas?

AMINTA.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas y las fuentes.

TIRSI.

¿De qual Mopso me dices? del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,

Y engaños y traiciones en el pecho?
Hora está de buen ánimo: que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamas tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Ántes por eso solo que él te anuncia,
Me atrevo á asegurarte un fin dichoso
En tu amoroso intento: así que debes
Prometerte seguras esperanzas,
Por solo que este quiere, que no esperes.

AMINTA.

Ya me consuelo oyendo lo que dices;
Á ti el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

TIRSI.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de un hora.

CORO

DE PASTORES.

¡Ó bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque distilaba,
Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra, que el arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
No porque relucia

Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera,
Mas la destemplan el calor y el hielo;
Ni llevó nave á la extrangera tierra
La vil codicia, ó la sangrienta guerra.

Mas solo porque entonces este vano,
Vano y fingido nombre sin sugeto,
Este ídolo de errores engañoso,
Á quien la urbanidad y el vulgo insano
Llamó despues honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso,
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores;
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre esquadra de amadores;
Mas de una natural, que consentia
Fuese lícito aquello que placia.

Entónces por el agua y por las flores
Iban con dulces bayles retozando
Los cupidillos sin aljaba ó lazo:
Sentábanse las ninfas y pastores,
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo.
De velo, ni embarazo
Jamas cubrió sus rosas encarnadas

La pastorcilla, ni la pura frente:
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas:
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.

Tú, honor, fuiste el primero que negaste
La fueute de deleytes tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste:
Tú á los hermosos ojos enseñaste
Á encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz, que en su belleza asiste:
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro, que trataba el viento;
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lacivo.
Freno á la lengua, y arte al movimiento:
Efecto (ó vil honor) es solo tuyo,
Que el don de amor se llame hurto suyo.

Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza
Y del amor, tú que sujetas reyes,
¿Que pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza?
Allá con la nobleza
Te ve á turbar el sueño al preminente:
Dexa sin ti nuestros humildes pechos

En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.

Amemos, que el sol muere, y luego nace:
Á nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envía.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

SATIRO SOLO.

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, quando pica,
Hace molesta y grave la herida:
¿Mas que cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor, que en todo breve espacio
Entra y se esconde? ya en la sombra escasa
De unas pestañas, ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio,
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima, le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
¡Triste de mí! que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas, y mil dardos
Puso el amor en los ayrados ojos
De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata que las selvas.
¡Ó como te compete el nombre, y como
Quien tal nombre te puso, lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe:

Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.
Tú, quando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas:
Quando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en tí mas dulce y bella,
Á mí mesmo te doy. ¿Por que desprecias
Y aborreces el don? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, quando callado el viento,
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Que piensas tú hacer destos donceles,
Apénas florecido el blando bozo
En sus mexillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras: díle á alguno, que te siga

Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente javali y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dexas
Por la forma que tengo; sino solo
Por mi pobreza: en fin las caserías
Siguen de las ciudades el exemplo.
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro, y reyna el oro.
Ó tú quien fuiste el inventor primero
De vender el amor, maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamas pastor ó ninfa,
Que pasando les diga, hayais descanso;
Mas los bañe la pluvia, y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle: tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el mostruo mas vil y abominable,
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para que me quejo al ayre en vano?
Usa las armas cada qual, que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las garras,
El javalí el colmillo; así son armas
De la muger, beldad y gentileza.
¿Pues como yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa

De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero,
Que sabe sus costumbres, ella suele
Resfrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar: pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga; y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Que puede contrastar uua mozuela
Con la débil carrera, ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura; que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De allí no irá, sin que primero tiña
Por venganza mis armas de su sangre.

ESCENA II.

DAFNE. TIRSI.

Como te dixe, Tirsi, ya yo via,
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Como le he hecho siempre buen oficio:
Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen.
Mas ántes me atreviera, te prometo,
A domar un novillo, un tigre, un oso,

Que una rapaza destas, simple y boba,
Tan boba, como bella, que no advierta
Quan ardientes y agudas son las armas
De su belleza, y con el llanto y risa
Á muchos mate, y del herir no entienda.

TIRSI.

¿Que muger hay tan simple, que en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar, y parecer hermosa,
De matar agradando, y saber quales
Armas pueden herir, y quales matan,
Y quales dan salud y resucitan?

DAFNE.

¿Quien es maestro de tan grandes artes?

TIRSI.

Tú finges, y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
Á los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pabon soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

DAFNE.

¿Qual es el nombre suyo?

TIRSI.

El nomdre es Dafne.

DAFNE.

O falsa lengua!

TIRSI.

¿Luego tú no bastas

Á dar á mil dicípulas escuela?
Aunque á decir verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro: su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

DAFNE.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi:
Pues yo te sé decir, que no resuelvo,
Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla,
Como en sus hechos y palabras muestra.
Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda: yo la hallé cercana
Á la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio:
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte, que mostraba deleytarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua, como dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores, que tenia en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Las colores, y luego muy ufana
De la vitoria, un tanto se reia,
Como diciendo: yo en efeto os venzo,
No os traigo aquí por ornamento mio,

Mas solo os traigo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar, que os llevo gran ventaja.
Mas miéntras se adornaba y componia,
Volvió los ojos, bien á caso, y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo, y derramó las flores.
Quanto mas yo de verla me reía,
Mas ella de mi risa se encendia:
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido;
Dos ó tres veces revolvió los ojos
Hácia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida:
Miróse descompuesta, mas con todo
Se satisfizo, que se vió muy bella,
Sí descompuesta: yo entendílo todo,
Pero callé.

TIRSI.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: no lo dixe?

DAFNE.

Bien lo dixiste; mas á todos oigo.
Que no fuéron las ninfas y pastoras
Tan entendidas ántes, ni yo tuve
Tal juventud· el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

TIRSI.

Quizá entónces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,

Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad: ya están mezclados
Linages y costumbres. Mas dexando
Agora estos discursos, ¿no harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

DAFNE.

No sé: Silvia es esquiva por extremo.

TIRSI.

Y Aminta por extremo comedido.

DAFNE.

Pues no hará nada comedido amante:
Tú le aconseja, que á otra cosa atienda,
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar, dexe respetos, ose y pida,
Solicite, importune; y si no basta,
Tome lo que pudiere: ¿tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye, y huyendo, quiere que la alcancen;
Niega, y negando, quiere que la apremien;
Lucha, y luchando, quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de ti me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

TIRSI.

No hay ocasion por que de mí sospeches,
Que jamas diga cosa que te ofenda:
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta

Mísero, que perece.

DAFNE.

¡Que conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria:
El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues que dices que haga?

TIRSI.

No te falta
Ingenio, ni consejo: basta solo,
Que á querer te dispongas.

DAFNE.

Hora sabe,
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
Á la fuente, que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce, y al lugar convida
Las ninfas cazadoras: en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

TIRSI.

Pues bien?

DAFNE.

¿Como pues bien? que mal entiendes:
Si en ti cabe discurso, eso te basta.

TIRSI.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
Él á tanto.

DAFNE.

Pues si él no ha de atreverse,

Estése así, y aguarde á que lo busquen.

TIRSI.

Él es por cierto tal, que lo merece.

DAFNE.

¿Pero nosotros no hablarémos algo
De ti mismo? ¿Dí, Tirsi, tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocímos bien criatura:
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

TIRSI.

No desecha de Vénus los placeres
Quien se retira del amor; mas goza
El dulce del amor sin el amargo.

DAFNE.

Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

TIRSI.

Mas vale pues hartarse,
Que estar siempre hambriento.

DAFNE.

No ya con el manjar que se posee;
Y quanto mas se gusta, mas agrada.

TIRSI.

¿Quien es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y nombre

DAFNE.

¿Mas quien halló jamas lo que no busca?

TIRSI.

Es peligro buscar lo que adquirido,
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el amor, y en su tirano reyno,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido,
Otro fiel amador hará su parte.

DAFNE.

Mas no tienes gozado lo que basta.

TIRSI.

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

DAFNE.

Amar te será fuerza, si no gusto.

TIRSI.

No me pueden forzar, estando léjos.

DAFNE.

¿Quien está léjos del amor?

TIRSI.

Quien huye.

DAFNE.

¿Y que importa que huyas de sus alas?

TIRSI.

Tiene al nacer amor las alas cortas,
Que á penas le sustentan,

Y así no las extiende á todo vuelo.

DAFNE.

Pues no conoce el hombre quando nace,
Y quando lo conoce, es grande y vuela.

TIRSI.

No, si otra vez no ha visto como nace.

DAFNE.

Hora verémos si tus ojos huyen,
Como dices: y luego te protesto
(Ya que presumes tanto de ligero):
Que quando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

TIRSI.

Bravo rigor, ¿que me podrás ver muerto?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

DAFNE.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay quantos
Engaña un rostro colorado y liso!

TIRSI.

No burlo á fe; mas ántes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Qual hacen todas; pero que remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

DAFNE.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive,
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

TIRSI.

Ó Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Extendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino:
Él dixo así, quando me hizo suyo:
Tirsi, ahuyenten otros los ladrones,
Y los lobos, guardando mis rebaños:
Reparta otro los premios y las penas
Á mis ministros: otros apacienten
Mis ganados: en fin otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso.
Así será razon, que no le burle
Con mundanos amores; sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero,
No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ámbos parece en el aspecto y obras:
Abuelos de mayor merecimiento,
Que el gran Saturno y Celo: agreste musa
Á mérito real; mas no por eso
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sugeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo.
Sino con el silencio y reverencia:
Mas no faltan jamas en sus altares
Las flores de mi mano, ni los fuegos

De inciensos olorosos y suaves;
Ni faltará en mi pecho esta devota
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el ayre por el ayre el ciervo,
Y que mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el persa, el franco el Tigris.

DAFNE.

Tú vas muy alto, hora deciende un poco
Al propósito nuestro.

TIRSI.

El punto es este,
Que en estando en la fuente tú con Silvia,
Procures ablandarla, y yo entretanto
Procuraré que Aminta vaya: y pienso,
Que no es ménos difícil que la tuya
Mi diligencia. Ve en buen hora.

DAFNE.

Voyme.
Pero nuestro propósito no era ese.

TIRSI.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta: él es sin duda.

ESCENA III.

AMINTA, TIRSI.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque si nada ha hecho.
Ántes de consumirme he de matarme,
Ante los ojos mismos de la ingrata.

Que pues le agrada tanto
Deste mi corazon la viva llaga,
Agudo golpe de sus ojos bellos;
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

TIRSI.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo:
Bien puedes ya dexar tanto lamento.

AMINTA.

Ay Tirsi, que me dices?
Traes la vida ó la muerte?

TIRSI.

Traigo salud y vida, si te atreves
Á acometerlas; pero ve dispuesto
Á ser un hombre, Aminta,
Á ser un hombre de ánimo resuel o.

AMINTA.

¿Como, y con quien el ánimo me importa?

TIRSI.

Si estuviese tu ninfa en una selva,
Que cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
Fueras allá?

AMINTA.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al bayle.

TIRSI.

Y si estuviese entre ladrones y armas,

Fueras allá?

AMINTA.

Fuera resuelto y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

TIRSI.

Mayor empresa importa que acometas.

AMINTA.

Iré por medio el rápido torrente,
Quando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo
Quando en él estuviese, si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

TIRSI.

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola: irás allá?

AMINTA.

Que dices?
Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

TIRSI.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

AMINTA.

Y desnuda me espera?

TIRSI.

Desnuda digo; mas....

AMINTA.

Ay triste! acaba:

Que mas, Tirsi? tú callas, tú me matas.

TIRSI.

Mas no sabe, que has de ir allá.

AMINTA.

Terrible
Y fiera conclusion, que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel; ¿con qual estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

TIRSI.

Haz tú mi parecer, serás dichoso.

AMINTA.

Que me aconsejas?

TIRSI.

Que pasar no dexes
La dicha que te ofrece la fortuna.

AMINTA.

Dios no permita, que jamas yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe
Hacer cosa jamas contra su gusto,
Sino es amarla: y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Así no se verá, que en quanto pueda,
No procure agradarla.

TIRSI.

Hora responde:
¿Si potestad tuvieras
Para dexar de amarla,

Dexárasla de amar por agradarla?

AMINTA.

Ni tal cosa consiente amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dexarla de amar, aunque pudiese.

TIRSI.

De esa manera á su pesar la amaras,
Pudiendo no quererla.

AMINTA.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

TIRSI.

Sin su gusto en efeto.

AMINTA.

Sí por cierto.

TIRSI.

¿Pues como sin su gusto no te atreves
Á aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin, que le será agradable.

AMINTA.

Ay, Tirsi amigo, amor por mí responda,
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor: á mi me liga
La lengua aquello mismo,
Que el corazon me liga.

TIRSI.

No iremos en efeto?

AMINTA.

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

TIRSI.

Pues á donde?

AMINTA.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Mas de lo que me dices.

TIRSI.

Y esto es poco?
¿Crees tú, que Dafne nos aconsejara
Ir á la fuente, quando no entendiera
De Silvia el pecho? Por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda,
Que sabiéndolo, calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla:
Y siendo así, ¿que es deste tu deseo,
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda, que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca;
Por tu vida me dí, ¿que mas te importa
Este modo, que aquel?

AMINTA.

¿Quien me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

TIRSI.

Ó simple, ves aquí que al fin procuras

La certeza, que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe,
Qual tú debieras no buscarla: ¿y donde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses
(Pues que la duda y riesgo son iguales)
¿Será mejor morir como animoso,
Que como vil? Tú callas, tú conoces,
Que estás vencido: agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

AMINTA.

Espera.

TIRSI.

Como espera? no ves que el tiempo huye?

AMINTA.

Mirémos ántes si esto debe hacerse,
Y en que manera.

TIRSI.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de que maestro,
en qual oculta escuela
se aprende esa tu larga
arte de amar incierta?

¿Quien del entendimiento
declara las ideas,
quando con alas tuyas
al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
no la famosa Aténas,
y en Elicona docta
ni Febo lo demuestra;
Que si de amor discurre,
parece que le enseñan:
corto razona y frio,
con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
que á tu primor competa,
ni á tus misterios altos
sus pensamientos llegan.
Tú, Amor, eres el digno
maestro de tu ciencia,
y tú solo á ti mismo
te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo,
que en unos ojos lea
lo que tu mano escribe
con amorosas letras.
Á los amantes fieles
desatas tú la lengua
en delicado estilo
con elegancia extrema.
Y á mucho mas se extiende,

amor, tu sutileza:
raro saber, y extraña
manera de eloqüencia!
Que á veces con palabras
confusas é imperfetas,
un corazon amante
sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
lustrosas y compuestas;
y aun el silencio mismo
á veces habla y ruega.
Amor, lea quien quisiere
socráticas sentencias,
que yo en dos bellos ojos
aprenderé tu ciencia.
Y humillará sus versos
el mas alto poeta,
con pluma sabia escritos
en doctas academias,
Junto á los que imprimiere
mi pastoril rudeza
con la grosera mano
en ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

TIRSI Y CORO.

O extremo de crueldad! ó ingrato pecho!
Ó ingrata ninfa! ó tres y quatro veces
Muger ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por que solo
En el rostro pusiste á las mugeres,
Y en lo aparente, quanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
Ay jóven triste y mísero! sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece:
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dexé, y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:
¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores,
Ir quiero á ver si sabe dél alguno.
Decid, amigos, quien ha visto á Aminta
Á caso, ó sabe dél alguna nueva?

CORO.

Tirsi, paréceme que estás turbado;
¿Que causa te molesta y te fatiga?
¿De que son estas ansias y sudores?

Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

TIRSI.

Temo del mal de Aminta: habéislo visto?

CORO.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; pero que temes?

TIRSI.

No se haya muerto él mismo de su mano.

CORO.

Él muerto de su mano? por que causa?
Que ocasion hallas?

TIRSI.

El amor y el odio.

CORO.

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Que no pueden hacer? habla mas claro.

TIRSI.

El amar una ninfa por extremo,
Y el ser della en extremo aborrecido.

CORO.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto,
Este es lugar de paso, por ventura
Vendrá alguno, que dél nos dé noticia,
Y aun puede ser tambien que él mismo llegue.

TIRSI.

Pláceme de decirlo, que no es justo,
Que ingratitud tan grande y tan extraña
Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta, y yo fuí triste

Quien noticia le dí, ya me arrepiento;
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y hácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna; pues mil veces
Quiso volverse atras, y á pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
He aquí quando sentimos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La qual, como nos viese, alzando el grito,
Ay, dixo, socorred, que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso como un pardo, y yo seguílo:
Quando vemos ligada con un árbol
La bella ninfa, qual nació, desnuda;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos; y su cinto,
Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ámbas
Las manos le apretaba al duro tronco:
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba, y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Allí vímos

En su presencia un sátiro villano,
Que entónces acababa de ligarla:
Fuése tras él Aminta con un dardo,
Que tuvo á caso en la derecha mano,
Como un fiero leon; y yo entretanto
Estaba ya de piedras prevenido,
Con que el sátiro vil huyó en efeto;
Pues como diese espacio su huida
Á que Aminta mirase: él cudiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que qual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo ví se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dixo: ó bella Silvia,
Perdona aquestas manos, si llegarse
Á tus miembros es mucho atrevimiento,
Pues las obliga necesaria y pura
Fuerza de desatar aquestos nudos;
No, ya que les concede la fortuna
Esta felicidad, te pese della.

CORO.

Palabras de ablandar los pedernales.
Y que le respondió?

TIRSI.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desden, al suelo
Baxando el rostro, el delicado seno
Quanto podia torciéndose cubria.

Él, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablaba así: ¿quando tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues que ventaja llevan los amantes,
Que sirven al amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
¿Planta cruel, pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dixo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia,
Que temiese tocarla, y desease.
Baxó luego á los pies por desasirlos;
Mas como Silvia ya se viese libres
Las manos, dixo esquiva y desdeñosa:
No me toques, pastor, soy de Diana,
Yo me desataré los pies, aparta.

CORO.

¿Que tal orgullo en una ninfa albergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

TIRSI.

Él apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla;
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo que escondido lo miraba todo,
Y lo escuchaba: quando ví tal cosa
Mil voces quise dar, al fin me abstuve,
Mas oye que extrañeza: ella en efeto,

Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir á Dios, á penas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo:
Y no habia causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conocia el respeto.

CORO.

Pues como así huyó?

TIRSI.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del jóven, sino á su carrera.

CORO.

Que es hasta en eso ingrata? ¿Y el cuitado
Que hizo entonces, dínos, ó que dixo?

TIRSI.

Eso no sé, porque de furia ardiendo
Corrí por alcanzarla y detenerla,
Al fin perdíla, y fué el trabajo vano:
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
El corazon presago de algun daño:
Sé que estaba dispuesto de matarse,
Aun ántes que esto sucediese.

CORO.

Es uso,
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

TIRSI.

Quieran los altos dioses, que no sea

Aminta alguno de los raros.

CORO.

Calla,
Que no será.

TIRSI.

Yo quiero irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
Por dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

ESCENA II.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte,
Quanto mas dilatada, mas amarga:
Y díme agora, ¿para que me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

DAFNE.

¿Por que te desesperas,
Aminta? que si yo bien la conozco,
No fué crueldad, sino vergüenza sola
La que movió á tu Silvia que huyese.

AMINTA.

Ay triste yo, que mi salud sería
Desesperar, despues que la esperanza
Mi destruicion ha sido: y todavía
Tienta reverdecer dentro del pecho,
Solo para que viva:
Y al que es tan desdichado,
¿Que mas fiero tormento que la vida?

DAFNE.

Vive mezquino, miserable, vive,
Solo para que goces
De la felicidad, quando viniere:
Sea premio á tu esperanza,
Si en vivir esperando te mantienes,
Lo que miraste en la desnuda bella.

AMINTA.

No pareció al amor, y á mi fortuna,
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello, que me niegan.

NERINA.

¿Que he de ser yo en efcto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡Ó para siempre mísero Montano!
¿Que sentirá tu pecho quando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡Ó viejo padre y ciego!
Padre infeliz! mas ya no serás padre.

DAFNE.

Oigo una triste voz.

AMINTA.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oidos,
Y el corazon: mas quien la nombra? escucha.

DAFNE.

Esta es Nerina, ninfa á Cintia cara,
De bellos ojos, y de lindas manos,
Talle gentil, y movimiento ayroso.

NERINA.

Quiero con todo, que lo sepa, y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ¡Ay Silvia, Silvia,
Ay como fué tu suerte desdichada!

AMINTA.

Ay de mí, ¿que será lo que esta dice?

NERINA.

Dafne.

DAFNE.

¿Que estás hablando entre ti mesma?
Ó como á Silvia nombras y suspiras?

NERINA.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

AMINTA.

Ay, de que caso
Podrá decir aquesta? que yo siento,
Yo siento el corazon, que se me yela,

Y enflaquece el espíritu: ¿está viva?

DAFNE.

Cuenta que triste caso es el que dices.

NERINA.

Ó cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
Y me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada,
Y la causa ya debes de saberla,
Despues vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza, que ordenada
Estaba al bosque dicho de la encina.
Fuímos, hallamos muchas ninfas juntas,
Y luego á breve rato desemboca,
No sé de donde, un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
Silvia al momento acomodó una flecha
Á un arco que le dí, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

AMINTA.

Ó que principios de dolor! ay triste!
Que fin me anuncian?

NERINA.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro; pero léjos mucho,
Porque partí mas tarde: ya que estaban
Dentro del bosque: allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,

Que en lo mas solo me hallé y espeso:
En esto ví de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abaxo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví. He aquí quando miraba
Á todas partes, siete lobos veo
Lamiendo de la tierra alguna sangre
Vertida en cerco de unos huesos mondos;
Y fué mi suerte, que ellos no me viéron,
Tan atentos estaban á su pasto:
Así que de piedad y temor llena
Volvíme atras. Aquesto es quanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

AMINTA.

Has dicho poco, ninfa? ¡ó velo, ó sangre!
Ó Silvia, tú eres muerta!

DAFNE.

Ay desdichado,
Amortecido está de pena, ó muerto.

NERINA.

Aun todavía respira: esto habrá sido
Algun breve desmayo: ya revive.

AMINTA.

¿Por que así me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dexas:
Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.

Ay triste! si no falta
Á la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
Que espero mas? que busco? ah Dafne, Dafne,
Para este amargo fin me reservaste?
Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio,
Quando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,
Al qual le parecia,
Que con mi muerte se evitaba el daño,
Que ordenado me estaba; mas agora
Que ha executado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

DAFNE.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

AMINTA.

¿Que mas quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

NERINA.

¡Ó quien ántes hubiera sido muda!

AMINTA.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio,

Que me queda de tiempo y de la vida.

NERINA.

¿Debo darlo, ó negarlo?
Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion porque le pide.

AMINTA.

¿Cruel; así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dexarle quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

DAFNE.

Aminta, aguarda, escucha:
¡Ay de mí, con la furia que se parte!

NERINA.

Él camina de suerte,
Que es por demas seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viage, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al mísero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme:
Ni la que se pretende
Es tan difícil fama,
Si persevera firme el que bien ama;

Que es premio amor, que con amar se alcanza;
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO QUARTO.

ESCENA I.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

El viento lleve con la mala nueva,
Que se esparció de ti, tus males todos,
Los por venir, ó Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y gloria al cielo
Viva y sana te miro: de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que oxalá fuera muda, y otro sordo.

SILVIA.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

DAFNE.

Mas no bastante causa de decirlo.
Hora cuéntame el riesgo, y de que modo
Tú lo excusaste.

SILVIA.

Yo siguiendo un lobo
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y miéntras
Volverme procuraba al mismo puesto,
Donde partí primero; el lobo miro,
Al qual reconocí por una flecha,
Que yo le habia clavado de mi mano

Junto á la oreja; vílo entre otros muchos
Al rededor de un animal, que habian
De fresco muerto, cuya forma entónces
No supe distinguir; el lobo herido
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada:
Yo lo esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamas yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo ví tan cerca de mi puesto
Quanto me pareció distancia justa
Para la herida, le arrojé mi dardo
En vano; porque, ó fué de la fortuna
La culpa ó mia, por herir al lobo
Clavé una planta: entónces se venia
Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo viéndole tan cerca, que del arco
Era imposible ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas;
Dispúseme á huir, y miéntras huyo,
Él me viene siguiendo: advierte agora.
Un velo, que revuelto yo tenia
Á los cabellos, desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal que á un ramo
Se marañó; yo siento que me tiran
Y me detienen, sin saber quien fuese;
Mas con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte

El ramo no se vence, ni me dexa:
Al fin del velo me desasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello;
Y tantas alas á los pies fugaces
Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva salí: despues volviendo
Hácia mi albergue, te encontré turbada,
Toda turbada, y me espanté de verte,
Porque de solo verme te espantabas.

DAFNE.

Tú estás viva, y alguno ya no vive.

SILVIA.

Que me dices? Te pesa por ventura
Que viva esté? que tanto me aborreces?

DAFNE.

Pláceme de tu vida, mas me duele
De agena muerte.

SILVIA.

De que muerte dices?

DAFNE.

De la muerte de Aminta.

SILVIA.

Ay! como? es muerto?

DAFNE.

El como no lo sé, ni aun el efeto
Puedo afirmar, mas téngolo por cierto.

SILVIA.

Que es lo que dices? pues á que atribuyes
La causa de su muerte, dí?

DAFNE.

Á tu muerte.

SILVIA.

Yo no te entiendo.

DAFNE.

La terrible nueva
Desa tu muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
Ó alguna cosa tal, que lo haya muerto.

SILVIA.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que qualquiera
Salva la vida suya miéntras puede.

DAFNE.

Ah Silvia, tú no sabes, ni lo crees
Quanto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Qual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos,
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo qual sé yo, y aun helo visto: vílo
Quando huiste, como tígre fiera,
Al tiempo que debieras abrazarlo,
Volver le ví contra su pecho un dardo
Desesperado y á morir expuesto,
Y sin arrepentirse al fiero hecho;
Pues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel, dexándola teñida

De su sangre, y pasara mas adentro
La punta, y fuera el corazon herido,
Que tú con mas violencia ya heriste,
Si entónces yo no le detengo el brazo,
Y su furor impido: quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo
De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la vía
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

SILVIA.

Ay, ¿que me cuentas?

DAFNE.

Y despues lo hé visto
Quando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta, del afan y angustia
Amortecerse; y con furor extraño
Luego partir de allí para matarse;
Y desta vez se habrá de véras muerto.

SILVIA.

Que lo tienes por cierto?

DAFNE.

Por sin duda.

SILVIA.

Triste de mí, ¿por que no le seguiste
Para impedirlo? ven, busquemos, vamos,
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas fácilmente espero,

Que mi vida le salve de la muerte.

DAFNE.

Ya le seguí, mas tan veloz corria,
Que se desparecio de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
¿Mas donde quieres ir sin rastro alguno?

SILVIA.

Ay, Dafne, él morirá si no le hallamos.

DAFNE.

¿Cruel, sientes á caso que te usurpe
La gloria de tal hecho? ¿tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra, que tu mano?
Hora consuélate, qué como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

SILVIA.

Ó Dafne, tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerba
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuélo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa,
Agora lo conozco, y me arrepiento.

DAFNE.

Que es lo que escucho? tú piadosa, Silvia?
¿Tú en ese corazon sientes afecto
Alguno de piedad? que es lo que veo?
Tú lloras, tú? notable maravilla!

¿Y es de amor en efeto ese tu llanto?

SILVIA.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

DAFNE.

No importa: la piedad es mensagera
De amor, como el relámpago del trueno.

CORO.

Y aun muchas veces, quando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos,
Que lo excluyéron ántes con severa
Honestidad; la semejanza toma
De la piedad, que es su ministra y nuncia,
Y con estos disfraces engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

DAFNE.

Llanto de amor es este, mucho abunda,
Tú callas: en fin amas, pero en vano.
Ó poder del amor! justo castigo
Sobre esta ninfa envia.
Mísero Aminta, tú, como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Dexa la propia vida, con tu muerte
Has herido en efeto un duro pecho,
Que aun no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espíritu desnudo
Ya de los miembros, como yo presumo,
Aquí estarás sin duda:
Mira su llanto, y goza de tu suerte,

En vida amante, y en la muerte amado.
Y si era tu destino, que en la muerte
Amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio;
El precio mismo que pidió, le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

CORO.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
Quanto inútil y vil á quien le admite.

SILVIA.

¡Ó si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

DAFNE.

Ó tardo desengaño!
Tarda piedad, sobrada
Quando á ningun efeto es de provecho.

ESCENA II.

ERGASTO, CORO, SILVIA Y DAFNE.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

CORO.

¿Con que puede venir, ay Dios, agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua?

ERGASTO.

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

SILVIA.

Ay lo que dice!

ERGASTO.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable y comedido,
Amado de las ninfas y las musas,
Murió en su juventud: ay de que muerte!

CORO.

Dínos como, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

SILVIA.

Ay que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no excuso.
Duro corazon mio,
Áspero y fiero corazon, que temes?
De que te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demas prometes;
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas,
Y qual debida prenda lo recibo:
Así que de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

ERGASTO.

Ah, ninfa, yo te creo,
Que mil veces al mísero sentia
Llamar tu nombre al acabar su vida.

DAFNE.

Comienza ya la dolorosa historia.

ERGASTO.

Yo estaba en lo mas alto del collado,
Donde mis redes yo tendido habia,
Quando bien cerca ví pasar á Aminta
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que ántes era, muy turbado y triste:
Tras él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé, y lo detuve; el qual me dixo:
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que me obligues
Ántes tu fe con juramento estrecho
De estarte á un lado, y no moverte un paso
Á impedir el efeto de mi intento.
Yo ¿quien pensara tan extraño caso,
Ni tan ciego furor? hice, qual quiso,
Mil conjuros horribles, convocando
Á Pan, á Páles, Príamo y Pomona,
Y á la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuestas y barrancos
Incultos, sin camino ó senda alguna,
Do pende al cabo un precipicio á un valle.

Aquí nos detuvimos; yo mirando
Al fondo, estremecíme de improviso,
Y al punto atras me retiré; y el mozo
Hizo alguna señal como de risa,
Y serenó su rostro, el qual afecto
Fué el motivo mayor de asegurarme:
Despues hablóme así: mira que cuentes
Lo que verás á ninfas y pastores.
Luego dixo, mirando al hondo valle:
Si yo á mi voluntad hallar pudiera
Prontos así de los hambrientos lobos
El vientre y los colmillos, como tengo
Este despeñadero; bien quisiera
Morir la muerte, que murió mi vida:
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados,
Ay triste! como fuéron
Aquellos de mi Silvia delicados:
Mas puesto que no puedo.
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente
Para morir: yo seguiré otra vía,
La qual será á lo ménos
La mas breve, si no la que debia.
Ea, Silvia, yo te sigo,
Yo voy á acompañarte,
Y muriera contento, si entendiera
Al ménos con certeza, que seguirte

No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida:
Ea, Silvia, ya te sigo.
Esto dicho, de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Hácia lo hondo, y yo quedéme helado.

SILVIA.

Ay desdichada!

DAFNE.

Miserable Aminta!

CORO.

Por que no lo impediste?
¿Hízote á caso estorbo
Á detenerlo el juramento hecho?

ERGASTO.

No, no, que despreciando el juramento,
Vano quizá en tal caso,
Quando advertí su temeraria y loca
Resolucion, corrí con ámbas manos,
Y, como quiso su enemiga suerte,
Lo así deste cendal, que lo ceñia,
El qual no siendo á sostener bastante
El peso con el ímpetu del cuerpo,
Que ya del todo abandonado estaba,
Se me quedó en la mano hecho pedazos.

CORO

Y que fué de su cuerpo desdichado?

ERGASTO.

No lo sabré decir, porque yo estaba

Con tal horror y lástima, que cierto
No tuve corazon para asomarme,
Por no mirarlo dividido en piezas.

CORO.

Ó lastimoso caso!

SILVIA.

Bien soy de piedra dura,
Pues una nueva tal aun no me acaba.
Triste de mí, si aquella falsa muerte
De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida; justo fuera,
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al ménos con el hierro,
Ó ya con este ceñidor infausto;
Este, que no sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad y de su muerte injusta.
Prenda infeliz de dueño
Mucho mas infeliz, no te disguste
Quedar en este abominable albergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena:
Por cierto yo debia
Haber sido en el mundo compañera

Del infeliz Aminta; y pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

CORO.

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

SILVIA.

De que llorais, pastores?
Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte
Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enxuga
Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion; y suplicarte quiero,
No por piedad de mí, sino del triste,
Que fué mas digno della,
Me ayudes á buscar sus miserables
Miembros, y sepultarlos:
Este cuidado solamente impide
El darme aquí la muerte:
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo; bien que puede
Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo
Entiendo y sé, que le será agradable,

Al ménos por ser obra de mi mano,
Porque me quiere y ama,
Qual lo mostró muriendo.

DAFNE.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas tu morir del pensamiento borra.

SILVIA.

Hasta agora viví para mí mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Amınta,
Ó viviré á lo ménos
Para su helado y mísero cadáver.
Tanto, y no mas es lícito que viva,
Y luego que se acaben
Á un tiempo sus obsequias y mi vida.
Pero díme, pastor, ¿por que camino
Podemos ir al valle, do el barranco
Tiene su asiento?

ERGASTO.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

DAFNE.

Vamos, guiaréte yo, que bien me acuerdo
Deste lugar que dice.

SILVIA.

Á Dios, pastores,
Prados á Dios, á Dios selvas y rios.

ERGASTO.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

C O R O.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando:
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas, sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.

En la pureza del celeste asiento
No se han visto jamas turbadas iras;
Así tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras:
El odio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

ESCENA ÚNICA.

ELPINO Y CORO.

No hay duda, que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente,
No es injusta, ni dura, y que sus obras
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
Ó quan artificioso por caminos
No conocidos encamina al hombre
Á su felicidad, y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Quando él se juzga al fondo de sus males.
He aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
Ó tu feliz, ó venturoso Aminta!
Y mas quanto mas fuiste desdichado;
Esperar con tu exemplo agora puedo,
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y cela
El acero mortal de su fiereza,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.

CORO.

Aquí se nos acerca el sabio Elpino,

Y escuchad sus razones, que de Aminta
Hablando viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
Ó condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que muriendo al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su ninfa;
Esto tiene por gloria, y esto espera.
¡De quan ligero premio el Dios alado
Contenta sus sequaces! Díme, Elpino,
En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para ti deseas?

ELPINO.

Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

CORO.

Ó quanto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso segun eso
Que se precipitó.

ELPINO.

Verdad ha sido;
Mas fué feliz el precipicio, tanto,
Que en una imágen mísera de muerte
Le traxo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su ninfa,
Piadosa ya, lo que ántes rigurosa;
La qual en tanto con su boca misma

Las lágrimas le enxuga de los ojos:
Así voy á llamar al buen Montano,
Della padre, y llevarle donde agora
Quedaban juntos, porque el gusto suyo
Les falta solamente, y ya dilata
La voluntad unánime de entrámbos.

CORO.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes: y Montano
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Así que el gusto de ámbos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Qual dios, ó qual ventura al buen Aminta
Salvarle pudo de peligro tanto.

ELPINO.

Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que ví por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta:
Allí con Tirsi andaba razonando
De aquella, que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mí despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo
Á su retiramiento y libre estado,
Quando una voz nos levantó los ojos:
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y el verlo dar sobre una espesa mata,

Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros producido
De mucha yerva, espinos y otros ramos
Juntos, y estrechamente entretexidos,
Un grande haz: en este, ántes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe:
Y bien que el peso al fin lo desfondase,
Y él mas abaxo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caida,
Que ella no fué mortal: pero con todo
Tan grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido, y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entónces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes:
Mas miéntras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;
Enviado ya á llamar Alfesibeo,
Á quien Febo enseñó la medicina,
Quando le dió la cítara y el plectro;
Llegáron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo, que tenian por muerto.
Pues quando Silvia lo conoce, y mira

En las mexillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;
Y él con gemido débil, que parece,
Que en los suspiros últimos al ayre
Exhala el alma á guisa de bacante;
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja sobre el cuerpo, que yacia,
Juntando rostro á rostro, y boca á boca.

CORO.

¿Pues como no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquiva?

ELPINO.

Abstiene la vergüenza un amor débil,
Mas de un amor constante es débil freno.
Luego como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto
Del jóven á bañar el rostro frio:
Y fué aquel agua de virtnd tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor; y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quien os sabrá decir como quedáron
En aquel punto entrámbos? ya seguro
Del amor de su ninfa el fiel Aminta,

Y viéndose en sus brazos apretado.
Quien sabe que es amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
Puede juzgarse, quanto mas decirse.

CORO.

¿En fin Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

ELPINO.

Aminta
Está pues sano, aunque su rostro un poco
Tiene arañado y quebrantado el cuerpo,
Mas es nada en efeto, y él lo estima
Por ménos de lo que es: dichoso jóven,
Que así ha dado señal de amor tan grande,
Y agora logra del amor el premio,
Á quien las penas todas y peligros
Pasados sirven de mayor contento.
Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar al buen Montano.

CORO.

No sé si siendo tanta la amargura,
Que este pastor amante
Ha padecido en su penoso estado;
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado.
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males;

Amor, de bienes tales
Premia á los otros, que en dominio tienes,
Que yo no pido tus mayores bienes.

Tras breves ruegos, y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcle de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso,
Mas un desden zeloso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
Á quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

JORNADA
DE
TUNEZ.

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm